

EL ARTE Y LA RELIGION

-Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Un dato de experiencia inmediata, cuando se llega al uso más o menos de la razón, se pregunta uno: ¿quién soy? ¿para qué estoy aquí? ¿cuál es el sentido de mi vida? ¿existe un más allá? ¿existe Dios y si tiene alguna relación conmigo? Estas y otras preguntas inciden en nuestra conciencia. Preguntas fundamentales, que parece que no han cambiado mucho, como recuerda Wittgenstein, analista del lenguaje y exponente del neopositivismo lógico. El ser humano es un poco filósofo y estas preguntas apuntan a unas respuestas distintas; pero coinciden en su campo de apertura más allá de la misma experiencia. Apuntan a algo que está más allá de las cosas perceptibles, en un plus de sentido y de significado. Aquí entroncamos con el caminar de la humanidad por lo que respecta a la experiencia estética en su configuración artística y lo que apunta a lo religioso: sea la inquietud del "*quaerere Deum*" (buscar a Dios) como actitud constante o el sentirse involucrado en ese Dios que sale al encuentro según la opción cristiana.

1.El arte y la trascendencia.

El Papa Pío XII, decía que "La función del arte es la de romper el estrecho recinto en que se siente encerrado el hombre, y abrir a su anhelante espíritu una ventana hacia el Infinito". San Juan Pablo II, tan querido por nosotros los mexicanos cuyo cariño se expresaba en esas aclamaciones "Juan Pablo II, te quiere todo el mundo" o aquella otra "Juan Pablo ya eres mexicano", de fina sensibilidad que nos dejó sus poemas juveniles bellísimos y con un densidad estética, decía que "toda obra de arte es, en su inspiración, radicalmente religiosa"¹.

Son muchos los artistas, aún los no cristianos, que reconocen un tronco común entre el Arte y la Religión. Ambas son posturas que se adentran en el misterio de lo invisible. Ya decía Ruskin, "todo gran arte es oración"; o lo que dice Clive Bell "el Arte y Religión son los dos caminos por los que el hombre escapa de la circunstancia hacia el éxtasis". El arte es como un anticipo de lo que habrá de acontecer; es una probadita de la "lumen gloriae", de la luz beatífica de la eternidad. Por eso Platón y Santo Tomás de Aquino llamaban al arte "splendor veritatis", el esplendor de la verdad. San Juan Pablo II a los artistas en Bélgica (20, 5, 1985), les dijo: "lo esencial del arte se ubica en lo más profundo del hombre, donde la aspiración a dar sentido a la vida está acompañada de una intuición fugaz de la belleza y de unidad misteriosa de las cosas." Esa vinculación de Arte y Religión, se hace más estrecha entre Arte y Cristianismo. Pero no todo es miel sobre hojuelas. Puede darse una cierta ambigüedad y no equilibrar la trascendencia y quedarse esclavizado en la cárcel de la inmanencia sensible. Profanan el Arte al convertirlo en un ídolo. En los tiempos en los cuales algunos piensan que Dios ha muerto y que no tiene nada que

¹ JUAN PABLO II, Discurso en el concierto de la Scala de Milán, 2 de mayo 1983.

hacer ni en la cultura, ni en la familia, ni en las relaciones interpersonales, se llega a ese infierno de la violencia egocéntrica: “el arte levanta la cabeza en cuanto la religión pierde terreno”, decía Nietzsche, quien la emprende de misionero de la nueva religión del arte. El análisis de Octavio Paz en “Los Hijos del Limo”, nos señala la decadencia del arte hasta llegar al mismo “limo” o a lo más bajo, al lodo. Se le llama arte; podría ser el vaciamiento del trascendental de lo bello por haberlo reducido al instinto, al comercio o a lo simplemente banal. Lo que podemos percibir entretelones, será una cierta nostalgia del Absoluto; un cierto arte, que rebaja y esclaviza en lugar de liberar; incluso en una dimensión podrían ser colaboradores del Creador, en lugar de ostentar ser sus opositores. Podríamos catalogarlo como anti-religión: en lo negativo, sus autores evocan lo positivo, ante la oscuridad, la luz; ante la inmanencia sofocante, la trascendencia liberadora.

2. Arte y Fe Cristiana y Católica.

Damos un paso a lo específico de la fe cristiana y católica. En el cristianismo primitivo, lo esencial es la “ecclesia”, es decir, la asamblea de los fieles para celebrar el “memorial”, el “hagan ésto en memoria mía” de Jesús, la “anamnesis”. Por tanto la “ecclesia y la actio”, la asamblea y la acción; éste es el culto esencialmente cristiano. Conocemos los diversos estilos arquitectónicos, de la “domus ecclesiae”, alguna casa señalada, hasta las basílicas; la catedral románica, la gótica, el clásico, el barroco, etc. Constituyen una respuesta a esa fuerza interior que el culto adquiriría en los cristianos. De aquí su carácter histórico y contingente. Cada época canta la gloria de Dios, según sus habilidades: “me llamarán bienaventurada todas las generaciones”; cada generación asume el misterio cristiano y lo pasa por el tamiz artístico de su sensibilidad y de su época.

En los tres primeros siglos del cristianismo se pueden distinguir cuatro especies de representaciones artísticas: un arte puramente ornamental, un arte figurativo de naturaleza simbólica, un arte narrativo e histórico y un arte estrictamente icónico. El paso de una iconografía simbólica o meramente narrativa, a un arte icónico, constituye un paso importante para la historia misma del dogma cristiano.

Quien rechaza el icono, rechaza también el misterio mismo de la encarnación. Este es el “sensus fidelium”, la convicción concorde de los Padres, de los monjes y del pueblo. La controversia de las imágenes, no fue una lucha de ideas estéticas, sino un combate en torno a cuestiones cristológicas y teológicas. Se trataba de ubicar los límites del uso del arte. Los iconoclastas querían reservar el arte para el ámbito profano y el religioso solo decorativo, pero no sagrado.

El punto central será la religión de la trascendencia y de la encarnación, salvadora de todos los valores del hombre, de su espíritu y de su sensibilidad, como lo afirma Plazaola.

El Cristianismo heredó el espiritualismo trascendente de la Religión de Israel, pero la Encarnación del Verbo, del Logos, dio un valor a los sentidos: “Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre”(Jn 14,9). Es pues Religión de Encarnación, del Dios “nacido de una Mujer”, como enseña San Pablo. El Cristianismo plantea la exigencia de una fe en el valor salvífico de unos acontecimientos históricos. Dios mismo se hace historia, realidad tangible, “el Verbo se hizo carne”(kai ó Lógos sarx egéneto). De aquí la necesidad de una expresión material y sensible. El teólogo Evdokimov muestra la relación entre Palabra e Imagen. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida,-pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y les anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó-,lo que hemos visto y

oído, eso les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Les escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea completa”(I Jn 1,4). De aquí el carácter visual de la Palabra. Junto a lo inteligible, se plantea lo visual. Se vincula la Palabra a la Imagen. Ambas participan del carácter del signo; aún más, la Palabra llega a su densidad en la Imagen; la Palabra desglosa a la Imagen.

Hans Urs von Balthasar, habla de “contemplación y raptó”, dos fenómenos artísticos, momentos en el origen experimental de la fe cristiana. Los Apóstoles, se embelezan por lo que ven, oyen y tocan.

Cristo presenta al creyente su naturaleza humana, el Cristo de la fe y el Jesús de la Historia. A través de signos, hace creer en su divinidad invisible que estaba unido a su humanidad visible. No se puede aceptar la fe cristiana, sin la fe en la divinidad de Jesús, mediante su humanidad. Ya como Resucitado apela a esa dimensión sensorial: “toquen y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que tengo yo”(Lc 24, 39). Por eso no se puede quedar uno anclado a las prohibiciones del A. Testamento: lo son porque Israel podría caer en el mimetismo de la idolatría,- y de hecho algunas veces cayó-, propia de los pueblos circunvecinos y además porque Aquél que es la Palabra no se había encarnado, quien es Imagen de Dios invisible. Nuestra fe es adhesión a Jesucristo, no a una teoría o a una prohibición descontextualizada de la misma encarnación del Verbo. Él es la Clave para adentrarnos en el misterio de Dios mismo en sí y del hombre. Él en su misterio pascual, es la Clave de toda la Biblia, como la leyeron los Apóstoles, a partir del Acontecimiento Jesús. Él es el “exegésato” o la Explicación de Dios, “quoad nos”, para nosotros, como “Dabar”, Palabra y Acontecimiento, Jesús Bendito por los siglos.

Para el occidental una imagen es un signo que evoca un hecho o una persona; es decoración estética. Para un oriental, es un sacramental. Para San Juan Damasceno el campeón contra los iconoclastas del s. VIII, los iconos forman una unidad con el modelo, y en cierta manera, se identifican con él. Participan (metojé) con el arquetipo.

El icono, por decirlo así, es como el lugar de la manifestación de Cristo, de la Virgen o de un santo.

Para Evdokimov o este otro teólogo de los iconos Oupensky, consideran que el icono es oración, que el icono es contemplación. Para nosotros los occidentales, nos hemos orientado más por que la imagen es Biblia, es enseñanza, es catequesis: Biblia páuperum, la Biblia de los pobres. Los medievales harán de su iconografía un verdadera enciclopedia del saber humano. Luego, aquéllos se centran en el carácter contemplativo, éste en su carácter didáctico y pedagógico, por supuesto sin excluir el carácter contemplativo, como los orientales nos dan su telogía en los iconos. Ambos se complementan, aunque se ponga más el acento en aspecto sin ignorar lo otro.

Hoy tendremos que revalorar la utilidad de la iconografía cristiana. Responde a la necesidad del corazón humano. Nos muestran las realidades en signo y representación de lo que creemos y de lo que vivimos. Existe una fuerza del lenguaje que anuncia la Palabra de Dios y sacude la sensibilidad. Las imágenes se nos quedan cuando hemos olvidado las palabras y los conceptos. Lo constatamos en el ministerio del Papa Francisco.

Tendríamos que hablar de un nuevo modo de ver y de sentir, de una nueva sensibilidad para el misterio. El reto hoy es mantener el sentido abierto a la experiencia del misterio humano-divino. Las imágenes, tienen que soportar el peso del misterio.

Sobreabundan las imágenes, y falta el arte, y más expresamente el arte y la religión, el arte y su relación con el cristianismo de hoy. Degustar el arte del pasado, nos puede abrir al misterio del que está más allá o de esa realidad que nos trasciende. La apertura al misterio cristiano, vivido en la liturgia, en la oración o en la contemplación, nos pueden llevar a momentos de raptó o éxtasis, que nos permiten tocar lo divino y lo divino que nos toque por aquel que se hizo nuestra Palabra, nuestro Canto e Imagen del Hombre perfecto, nuestro Templo nuevo y definitivo: Jesús.

Auditorio del Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 26 de Noviembre del 2016.

Dentro del Ciclo de Conferencias "Iglesia, Arte y Oficios en Querétaro", organizado por el Instituto de Artes y Oficios Querétaro, Secretaría de Educación Pública y Municipio "Querétaro está en Nosotros"-